



Ver Portada

Números anteriores

Suscríbete

Destacados



Así es Uribe



El poder del estilo Uribe



El ADN de la discordia

La Guía de...



Pauls

Consumo



Spider Dog

¿Crecimiento con sicopatía?

Tenemos una sicopatología social severa. ¿podremos saltar a una nueva etapa de desarrollo con innovación y emprendimiento en este contexto, enfermos del chape como estamos?

Por **Mario Weissbluth**



"Ningún grupo puede actuar con eficacia si falta el concierto, ningún grupo puede actuar en concierto si falta la confianza, ningún grupo puede actuar con confianza si no se halla ligado por opiniones comunes, afectos comunes, intereses comunes".

Edmund Burke, 1729-1797

Cuando se formula a los chilenos la pregunta "Hablando en general, ¿diría usted que se puede confiar en la mayoría de las personas?" (encuesta Latinobarómetro), apenas el 9% contesta que sí. En Suecia esta cifra es de 66%. Como se muestra en el gráfico que acompaña esta columna, somos la capital mundial de la desconfianza, y lo que es peor, este indicador viene bajando. En 1996 éramos un poquito más desconfiados que el promedio latinoamericano; hoy estamos hartito peor. Pronto no vamos a confiar en quien vemos en el espejo.

Nuestras percepciones de la realidad son peores que la realidad misma, tanto en corrupción, como en delincuencia o en desarrollo económico. Vemos todo con anteojos gris oscuro, como en un invierno frío y mojado en el sur. Los iraquíes se están matando a diario entre facciones, pero su nivel de confianza en sus vecinos y cercanos anda por el 48%.

Chilenazo chaqueteo

Dejaremos a sociólogos, politólogos e historiadores la búsqueda en el baúl de las explicaciones. Quién sabe por qué somos así. Probablemente una mezcla de tradición isleña, conflicto entre los tres tercios políticos que asoma su cabeza esporádicamente desde hace medio siglo, medios que privilegian sistemáticamente las malas noticias, desesperanza respecto a la inequidad, la globalización que agudiza el individualismo, el deterioro de la política, una mezcla de todas las anteriores.

Pero el hecho duro y maduro es que somos aun más desconfiados que nuestros congéneres latinoamericanos, teniendo mucho de historia y cultura común con ellos, y con la mayor parte de los indicadores de desarrollo socioeconómico o de gobernabilidad en niveles superiores. Primo hermano de la desconfianza es nuestro chilenazo chaqueteo. Yo estuve fuera de Chile 18 años, y a la vuelta, el golpe en el mentón de estos dos rasgos me dejó botado por un buen par de años. No exagero. Ahora estoy bien, lo cual tal vez significa que me mimeticé y me volví igual de desconfiado y chaquetero.

Bueno, dirá el yuppie economicus chilensis prepotenticus, ¿qué importa? Nos va mejor que a los demás, crecemos más, somos seriecitos, trabajóicos y aplicados. Tenemos una campeona mundial de lanzamiento de bala y el Chino Ríos fue top one. Pasarlo mal no importa tanto.

Pasaremos por alto por ahora las consecuencias que la desconfianza conlleva para nuestra salud mental. O a lo mejor es al revés. Tenemos una sicopatología social severa, que se expresa en nuestra desconfianza interpersonal, y en altas tasas de depresión. La pregunta prosaica que nos ocupa hoy es otra: ¿podremos saltar a una nueva etapa de desarrollo con innovación y emprendimiento en este contexto, enfermos del chape como estamos?

Alguna esperanza tenemos. Los israelíes y singaporenses han alcanzado envidiables grados de desarrollo, con niveles de confianza cercanos a los latinoamericanos. Nunca tan mal como nosotros, eso sí. No se pueden hacer correlaciones triviales, pues el desarrollo y la innovación son el resultado de una compleja mezcla de variables, en que interviene no sólo la confianza interpersonal, sino también la solidez institucional, las instituciones políticas, los valores, la equidad en la distribución del ingreso, la calidad de la educación, el respeto por las normas, las reglas macroeconómicas y un sinfín de variables. En algunos países puede entonces coexistir subdesarrollo con confianza, mientras que en otros, desarrollo con algo de desconfianza. Lo que está claro es que no basta con adoptar sabias decisiones en el Banco Central y en Hacienda para crear un círculo virtuoso de desarrollo económico e innovación empujado por la libre y vaporosa mano del mercado.

Capital social

La experiencia internacional es acumulativa. Diversos economistas -no precisamente de Cuba o de Albania- han desarrollado estudios comparados entre países y entre regiones de un continente, que han ido acumulando evidencias cada vez más contundentes: el fenómeno de la innovación y el emprendimiento surge esencialmente cuando distintos actores se articulan en red. El que tiene una idea debe articularse con un inversionista, o proponérsela a su jefe, el directorio tiene que confiar, hay que convencer al ejecutivo de cuentas del banco, a los proveedores, a los clientes, al gobierno, al municipio, a ingenieros y abogados. Otros miembros de su red le proporcionan información vital.

No hay innovación sin que se establezcan lazos de confianza y colaboración entre diversos actores. Por lo tanto, más allá de los estudios comparados que se han hecho, es intuitivamente evidente que es difícil pasar de una economía exportadora de materia primas a sofisticados clusters exportadores, con un stock tan bajo de capital social.

También resulta importante destacar lo que dice el reputado economista del MIT Daron Acemoglu. Si lee con cuidado las frases destacadas que acompañan la columna, verá que él plantea con refinación académica lo que Felipe Larraín sentenció más crudamente tiempo atrás, para escándalo de la elite: la teoría de la teta. Para desarrollarnos no debe haber mucha renta disponible para ser capturada por los que tienen el poder político y económico.

En resumidas cuentas, mientras las elites políticas y económicas de este país sean pequeñas, mientras los candidatos al Parlamento se decidan en un bar de la calle Ahumada, mientras los poderosos no suelten aunque sea un pedacito de ese órgano mamario que tienen capturado con dientes y uñas, mientras no hagamos un acto real de descentralización del poder y de los actores institucionales hacia las regiones de Chile, mientras no detengamos la caída en picada de nuestra confianza en el prójimo, mientras nuestras elites políticas no sean capaces de llegar a un consenso mínimo razonable en torno a un proyecto país de largo plazo, el viento se puede llevar buena parte de las recomendaciones y la plata que nos pueda dar el Consejo de Innovación para la Competitividad. Desarrollo sicopático y elitista no parece posible.